



Por Diácono José M. Santos

## LIBERACIÓN II

Qué bueno es vivir y caminar con libertad, sin prisa, sin preocupaciones, ni sujeto a los afanes temporales. Para poder llegar a ser feliz, necesitamos encontrarnos en estado de tanta libertad, que nos permita elegir lo que realmente es correcto y verdadero. Sólo cuando volvemos a vivir según el plan de nuestro “Arquitecto Creador” encontramos paz y seguridad interior.

Dios es el arquitecto que nunca repite ningún diseño, Él ha creado a cada uno, único, e irreplicable, todos venimos al mundo con una misión. Cada persona debe descubrir cuál es la voluntad del Señor, cual es el propósito en la vida de cada uno. ¿No te has dado cuenta que muchas veces queremos hacer cosas buenas y no podemos? Otras veces intentamos hacer cosas malas y no nos salen. Dios por medio de su ángel te está guiando para que cumplas tu misión.

“Yo, el Señor todopoderoso, lo afirmo: Yo libertaré a mi pueblo del poder del país de oriente y del país de occidente, y lo traeré a Jerusalén para que viva allí. Ellos serán entonces mi pueblo, y yo seré su Dios, con fidelidad y justicia.» Esto dice el Señor todopoderoso: «**Esfuércense, ustedes** que en estos días han oído las palabras dichas por los profetas, desde el día en que se pusieron los cimientos para la reconstrucción del templo del Señor todopoderoso. Porque hasta estos días no había paga para los hombres ni para las bestias. Y a causa del enemigo, tampoco había paz para los habitantes; y yo había puesto a los unos en contra de los otros. Pero ahora, para los que queden de este pueblo, ya no voy a ser como en los primeros días. Yo, el Señor todopoderoso, lo afirmo. Porque la paz estará sembrada entre ellos. Los viñedos darán su fruto; la tierra, sus productos; y el cielo, su rocío. Y yo les daré todo eso en posesión a los que queden de este pueblo”. (Zac 8, 7-12)

Dios por medio del profeta anuncia la liberación de su pueblo, le promete bienestar a todos los que se esfuercen a vivir según sus palabras y mandatos. La libertad es el fruto del esfuerzo y el sacrificio viviendo con justicia ante Dios, y frente a todos nuestros hermanos. Así como el fruto del trabajo, es una buena cosecha, o una paga justa en efectivo, así todo bien exige sacrificio para lograr la satisfacción.

“Pero ustedes no conocieron a Cristo para vivir así, pues ciertamente oyeron el mensaje acerca de él y aprendieron a vivir como él lo quiere, según la verdad que está en Jesús. Por eso, deben ustedes renunciar a su antigua manera de vivir y despojarse de lo que antes eran, ya que todo eso se ha corrompido, a causa de los deseos engañosos. Deben renovarse espiritualmente en su manera de juzgar, y revestirse de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios y que se distingue por una vida recta y pura, basada en la verdad”. (Ef 4, 20-24)

Los cristianos debemos vivir de una manera diferente, no somos ya del mundo, pertenecemos al Reino de los Cielos. En este nuevo reino buscamos el bien del otro, no el bien propio; porque cuando logramos hacer feliz a una persona, esto es recíproco. Es mejor poder dar, que poder recibir; cuando compartimos con los hermanos en la fe o con los hermanos más necesitados, lo hacemos porque tenemos los recursos y las posibilidades de ayudar.

Dios ha regalado dones a los bautizados y medio de estos dones, nos ha capacitado para actuar en su nombre, para hacer el bien, para mostrar misericordia como Él ha tenido misericordia de nosotros. Hay más alegría en dar que en recibir.

“Llegaron a Cafarnaúm, y en el sábado Jesús entró en la sinagoga y comenzó a enseñar. La gente se admiraba de cómo les enseñaba, porque lo hacía con plena autoridad y no como los maestros de la ley. En la sinagoga del pueblo había un hombre que tenía un espíritu impuro, el cual gritó: — ¿Por qué te metes con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo te conozco, y sé que eres el Santo de Dios. Jesús reprendió a aquel espíritu, diciéndole: — ¡Cállate y deja a este hombre! El espíritu impuro hizo que al hombre le diera un ataque, y gritando con gran fuerza salió de él. Todos se asustaron, y se preguntaban unos a otros: — ¿Qué es esto? ¡Enseña de una manera nueva, y con plena autoridad! ¡Incluso a los espíritus impuros da órdenes, y lo obedecen! Y muy pronto la fama de Jesús se extendió por toda la región de Galilea.” (Mc 1, 21-28)

Hoy es necesario meditar en este evangelio, hay mucha gente, incluso entre los bautizados hay gente que puede estar afectada de diversas formas por los espíritus del mal. Me alegro que en nuestra diócesis después de cada misa se invoque la asistencia del Arcángel San Miguel para pedir a Dios ésta ayuda tan necesaria para liberar al pueblo de los espíritus malignos dispersos.

Es una realidad, la presencia del mal en el mundo. No podemos darle mucha importancia, pero tampoco ignorar que actúa por medio de las tentaciones, se anida en aquellos que viven en pecados mortales, ejemplos: adulterio y todo tipo de desorden sexual, matar como en el aborto y todas sus formas, la brujería y la adivinación, y toda clase de superstición.

La vida sacramental fervorosa, nos libera de todas estas trampas del enemigo de Dios. La Iglesia nos proporciona los sacramentos para llegar a ser verdaderamente libres, como hijos del Dios vivo que somos. Si sospecha que tú o alguien en tu familia o entorno está siendo invadido por algún mal espíritu, no dudes en recomendar a acudir a los sacramentos del bautismo, de la reconciliación, frecuentar las visitas al santísimo sacramento y vivir en persona el sacramento de la Eucaristía junto a la comunidad los domingos, y diario si está a tu alcance. “Y serán verdaderamente libres en el nombre de Jesús.” Amen.